

EL ORIGEN DE LA GUERRA. SEGÚN INGLATERRA

Inglaterra se ha lanzado a la guerra con toda el alma. No creía en ella. Se preparaba para ella, pero no creía en ella. No creía que nunca pudiera estallar. Como tampoco lo creía Francia, como tampoco lo creía Italia. Sólo un pueblo tenía fé ciega en la guerra; sólo un pueblo creía en la guerra; Alemania. El general Von Bernhardi es buen testimonio de estas palabras.

¿Cómo celebró Inglaterra su sesión sobre las causas de la guerra? Hemos visto ya el ardor bélico de la Cámara alemana; la resignación y el espíritu de sacrificio de los representantes belgas; el alto patriotismo de los diputados franceses. ¿Cómo se condujo el Parlamento inglés el día 3 de Agosto?

Eran las tres de la tarde. El *Speaker* ascendió a su sitial. El periódico *The Morning Post* describe con estas palabras, el

aspecto que ofrecía la Cámara: «La Cámara completamente llena, ofrecía un aspecto imponente, hasta el punto de que fué preciso colocar sillas en el hemiciclo para acomodar a los diputados y lores, que no encontraron ya asiento; hecho no ocurrido desde el año 1886, cuando mister Gladstone presentó por primera vez el proyecto del *Home Rule*. A propuesta del *Speaker*, y en vista de la expectación de la Cámara se dejaron para otro día 76 preguntas escritas, que había sobre la mesa. En seguida se puso a discusión el proyecto de *Moratoria* que fué aprobado sin debate, previas algunas explicaciones del canciller de Hacienda. También quedó aprobado seguidamente, tras breve discusión, el proyecto aumentando por tres días las vacaciones de los Bancos. Después, y en medio de una gran expectación, el *Speaker* concedió la palabra al ministro de Negocios Extranjeros, Sir Edward Grey.»

¿Cómo habla Sir Edward Grey? Sir Edward Grey habla con una voz fuerte, grave. Sus discursos no son ampulosos; son concretos, terminantes. En los momentos

de emoción—en estos momentos en que un orador español alza la voz—Sir Edward Grey, modula la voz en un tono más breve, más bajo, más emotivo. El orador español mueve mucho los brazos, Sir Edward Grey descansa una de sus manos, la izquierda, en el bolsillo del chaleco; acciona pausadamente con la otra. No se mueve, no salta de un lugar a otro, no dobla el busto; permanece quieto, fijo, sin descomponer una línea de su cuerpo. Sólo las facciones de la cara van descubriendo la intensidad, la fuerza cordial que el orador pone en las palabras.

¿Qué dice Sir Edward Grey en este momento único en la historia de Inglaterra, en este momento decisivo para Inglaterra? Sir Edward Grey señala, en primer término el fracaso de la política de paz. Trata después de las obligaciones inglesas. «He asegurado a la Cámara—dice—, y el primer ministro ha asegurado aquí más de una vez, que, si surgiese una crisis como la presente, vendríamos ante la Cámara de los Comunes y podríamos decirle que era libre para decidir cuál hubiese de ser la actitud de Inglaterra, que

no tendríamos compromisos secretos para sorprender a la Cámara diciéndole que, por haber contraído tales compromisos, había una nueva obligación de honor para la nación». Francia deseaba la paz, dice Sir Edward Grey. Se ha visto envuelta en la guerra por el compromiso de honor que la liga con Rusia, por la alianza bien definida que tiene con Rusia.

¿Cuál es nuestra situación, se pregunta el ministro inglés? «Mi propio sentimiento—exclama—es que, si una escuadra extranjera comprometida en una guerra que Francia no hubiese buscado y en la que no ha sido agresor, bajase por el Canal de la Mancha bombardeando y talando las costas del Oeste de Francia, nosotros no podríamos apartarnos, y ver tamaña cosa llevada acabo ante nuestros ojos, con nuestros brazos cruzados, como espectadores desapasionados, sin hacer nada, y creo que ese es también el sentir de este país». Grandes aplausos confirman el asentimiento a estas palabras.

La neutralidad incondicional de Inglaterra, es imposible, termina Sir Edward Grey. «Tenemos un compromiso con Fran-

cia—dice—; tenemos también que considerar que la situación de Bélgica nos impide declararnos neutrales sin condiciones que sean absolutamente satisfactorias y totalmente satisfechas». «Las fuerzas de la Corona están listas. Con ellas iremos a defender la libertad de Europa y el honor y la integridad de Inglaterra».

Mr. Bonar Law, en nombre de los conservadores, ofrece su apoyo. Mr. J. Redmond, en nombre de los autonomistas irlandeses, y Mr. Ramsay Macdonald, en nombre de los laboristas, ofrecen el suyo también. Todos los diputados, en pie, aplauden, vitorean. Termina así esta sesión histórica.

* * *

Los soldados de Inglaterra ya luchan... Los barcos, esos poderosos barcos ingleses, han entrado ya en batalla... Inglaterra lleva perdidos muchos hombres y mucho dinero. Pero conserva su honor y su integridad, el honor y la integridad que integraba Sir Edward Grey en su discurso. Conserva su honor y su integridad. ¿Pueden decir lo mismo las otras naciones beligerantes? ¿Pueden decirlo las otras

naciones que han quedado en paz, cruzadas de brazos, incondicionalmente neutrales?

DOS TACTICAS. LLEGAR AL PUEBLO

Tiene el cronista en su mesa de trabajo dos noticias curiosas. Es la primera, una página de revista, ilustrada con fotografías; es la segunda un pequeño recorte de periódico. En las fotografías se ve al ministro de Fomento de España paseando por tierras de Málaga en un tren especial; pronunciando un discurso en el acto de la colocación de la primera piedra para las obras del encauzamiento del Guadalmedina; hablando, rodeado de millares de personas, después de haber echado la primera paletada de tierra sobre los terrenos donde se va a poner la vía para la línea de Vélez Málaga a Leriana. En el recorte de periódico, se advierte que hace pocos días, en el tren que partía de Chartres, subió un personaje modestamente vestido que hizo su viaje hasta Courville y que durante el trayecto estuvo haciendo preguntas, tomando notas, dándose cuenta de

las deficiencias que presenta el sistema de señales y el modo de funcionar todos los servicios de la línea férrea. Este personaje que descendió del tren con el rostro y las manos ennegrecidas por el humo del carbón y el traje cubierto de manchas de aceite, era M. Carlos Dumont, ministro de Obras públicas en Francia.

Tenemos ante los ojos a dos ministros: un ministro de la monarquía española y un ministro de la república francesa. El primero, muéstrase en todo su esplendor; rodéase de personajes poderosos, influyentes; anda entre ellos platicando solemnióso y grave; discurrea con elocuencia para que sus palabras se aplaudan, aunque no se comprendan; habla siempre; para enterarse de las necesidades, de las miserias, de las angustias, de los sufrimientos, de los dolores, de las tragedias, del pueblo, pregunta a uno de los millonarios, de los oligarcas o de los aristócratas que forman corte a su lado. Aunque el fotógrafo no le señale con una cruz; aunque nunca se le haya visto, todos, entre cien personas, distinguirán por su porte, por su ademán, por su *pose* al ministro de la monarquía

española. El segundo, vélese discretamente; desfigura con ropas humildes su majestad; marcha sin acompañamiento; no pronuncia largas oraciones; en el tren, se acomoda en un departamento de última clase; busca la compañía de los obreros, de los pegajuleros, de los pequeños artifices, de los míseros industriales, para preguntarles sus dolores, para enterarse de sus necesidades, para afondar en sus inquietudes, para convencerse de la justicia de sus rebeldías. Para conocerlo, para distinguirle, es preciso que un hombre de autoridad nos lo señale con reverencia.

Hay todo un aspecto de nuestra historia en este detalle insignificante. Llegar al pueblo es una de las modernas virtudes políticas. Llegar al pueblo y comprenderlo es una de las novísimas aptitudes del gobernante. Llegar al pueblo y solicitar y atender sus palabras es una de las normales por las que legalizan las costumbres los legisladores humanos. El legislador español no ha llegado nunca al pueblo. Se ha presentado frente a él, cuando frente al pueblo ha tenido que presentarse, vestido con sus trajes más ricos, con sus

insignias más caras; ha buscado los medios de pasar, armando el mayor ruido posible. El pueblo con sus miserias, con sus angustias, lo ha visto acercarse, haciendo de lo que había de ser comunión religiosa y secreta de justos, lo que Flaubert llamaba una fiesta de ojos. Fiesta en la que se regalaban los ojos, escribió Montaigne, con lo que había de regalarse el vientre. España ha visto siempre a sus poderosos entre las bayonetas de los soldados y los entorchados de los generales, y cuando ha querido contarles sus quebrantos, aquí donde doce millones de ciudadanos no saben escribir ni pueden comer, ha tenido que gastar una peseta en una hoja y escribir en ella la confesión.

El ministro de Obras públicas de Francia, cuando haya retornado a su despacho, habrá ido con una visión exacta de la realidad. Fuera del acompañamiento pegajoso de secretarios y sub-secretarios y comisiones, habrá puesto su atención en cosas que se le hubieran ocultado a saber que por él habían de ser vistas; habrá observado mil defectos, mil reparos, mil faltas, que se le habrían velado a viajar

con séquito, habrá hablado a hombres sencillos, humildes, ignorados, que guardan callados los dolores más ocultos, y que por ser los más ocultos son los dolores más intensos y más graves de los pueblos. Habrá oído quejas, habrá escuchado quizás críticas acerbas contra su obra de ministro. Un soldado le habrá descubierto desaciertos del reglamento de los cuarteles; un niño le habrá instruido en los defectos de las escuelas; un agricultor le habrá enseñado el abandono de los campos; la sobremesa en una fonda, prestando atención a unos y a otros, habrá abierto su inteligencia a problemas, a cuestiones, que no lograrían descubrirle nunca ni los mejores libros, ni los más sapientes consejeros. La vida ignorada le habrá enseñado las sendas de la verdadera vida.

El ministro de Fomento de España, de vuelta a la corte, habrá recogido en su viaje, un recuerdo amable de la vida. En el tren, le tendrían dispuestos los asientos más cómodos, más muelles; un amigo discreto se encargaría, para distraerle, de hablarle de cosas menudas, triviales; la cortinilla del vagón, para evitar el sol, iría

bajada. En las estaciones, grupos de correccionarios, bien trajeados, le aplaudirían; alguno acercaría para felicitarle. En las fábricas—si alguna fábrica visitaba—encontraría a los operarios limpios, sonrientes; en las escuelas hallaría a los niños dispuestos; en los cuarteles vería a los soldados formados. La miseria se recluía aquéllos días; por todas partes festines, músicas, banderolas y discursos. Si en el puerto había algún trasatlántico, con emigrantes, el trasatlántico también estaría empavesado y los emigrantes tendrían la orden de ocultarse. La vida ignorada pasaría por muerta. Los dolores, los males, los quebrantos guardaríanse en sus conchas.

Esta visión distinta de la realidad, crea política distinta. El ministro de Obras públicas de Francia si, a la vuelta de su viaje, ha tenido que perjeñar una Ley, lo habrá hecho de muy diferente modo a cómo lo haría seguramente, si cae en tentación, el ministro de Fomento de España. No es que sean distintas las necesidades; son distintas las imágenes que uno y otro lleva en el alma. Uno ha visto dolores;

otro, ha visto alegrías; uno ha oído quejas; otro ha oído brindis; uno ha querido que los hombres le hablaran; otro ha querido hablar a los hombres; uno ha tenido a su lado a los pobres que sienten como un mal las injusticias de la vida; otro ha tenido a los ricos que aprovechan como propio bien estas mismas injusticias. Estas diferencias esenciales en las causas han de producir necesariamente diferencias, esenciales también en las obras.

Y la más alta diferencia, esta: España tiene tres cuartas partes en miseria y una cuarta parte en riqueza; Francia tiene, al contrario, tres cuartas partes en riqueza y una cuarta parte en miseria. Mientras el ministro español bebe unas cañas con los ricos de España, el ministro francés cambia unas palabras, unas palabras de consuelo y de esperanza, con los pobres de su tierra.

EN ESTA HORA ÚNICA.
PUEBLOS Y GOBIERNOS

Las manifestaciones públicas no descubren la verdad de lo que es España. Entre el político que habla en privado, íntimamente, y el político que pronuncia un discurso, media un abismo. El político, en privado, habla de desengaños, de pesimismo; en público, habla de esperanzas, de optimismos. En privado, si es monárquico, truená contra la monarquía; en público, la ensalza; si es republicano, cómpórtase con la República de idéntica manera. En una palabra, el político en privado es el reverso de lo que representa en público.

Mirad ahora. Observad estas elecciones próximas. Quien quisiera situarse por lo que de ellas se dice en los periódicos, en los manifiestos, en los discursos, en las proclamas, si era hombre de orden, de espíritu conservador, habría de buscar una candidatura de las derechas; si era hom-

bre de inquietud, de alientos revolucionarios, había de sumarse a una] candidatura de las izquierdas. Porque esto, el orden, la tradición, defiende en] público las derechas, y la renovación, la crítica, en los actuales organismos españoles, predicán en público las izquierdas.

En público. ¿En privado? Venid a Barcelona. Marchad a Madrid. Oid las conversaciones íntimas. Observad lo que se hable. Recelos, odios, desconfianzas, acusaciones, negocios futuros, fortunas hechas desde el Ayuntamiento valiéndose del cargo, immoralidades, raterías, escándalos, robos..... Sólo esto. Sólo esto. Las palabras cálidas de los manifestantes y de los discursos no suscitan en la intimidad un recuerdo, ni despuntan un comentario. Y es que la verdad de las elecciones no son los programas ni los propósitos expuestos en público, sino estos vicios y estas corruptelas que se anuncian en privado.

¿Siempre ha sucedido esto? No. No ha sucedido esto en época de la Unión republicana. No ha sucedido tampoco en los días de Solidaridad. No ha sucedido ni

sucedé tampoco en el partido socialista. ¿Por qué? Porque en la actuación de todos estos políticos intervino activamente una fuerza, una fuerza que censuraba, que acusaba, que fiscalizaba, que observaba, que dirigía el pueblo, Ahora, el pueblo falta. Lo que se agita al lado de los directores políticos es también esto: espíritu de negocio, de medro personal, de provecho propio. Y los programas, los manifiestos, los discursos, son únicamente una ficción, el tinglado de una farsa, la imagen de lo que la realidad habría de ser. Lo que no es. Ni creen en lo que dicen los que hablan; ni creen en lo que oyen los que escuchan. Unos y otros van a lo suyo. Y lo suyo, que todos tienen el cinismo de declarar lo que es en privado, ni uno solo tiene el valor de abrir la boca y confesarlo en público.

* * *

¿La intervención del pueblo? Interviene en Francia ahora, como nunca. Por esto actúa el Parlamento. Por esto dimisiones como la de Delcassé se plantean en la Cámara. No interviene el pueblo en España. Por esto se dá el espectáculo de estas

elecciones. Por esto dimisiones como la de Ugarte y el conde de Esteban Collantes se resuelven en silencio, a hurtadillas, de incógnito, sin que nadie sepa por qué estos dos ministros se han ido, por qué han entrado como ministros los otros dos, por qué se han quedado como ministros los seis restantes.

Interviene el pueblo en Francia. Por esto los generales que al principio de la guerra fracasaron al frente de sus tropas, fueron separados inmediatamente por Joffre y reducidos a la oscuridad de sus casas. No persistieron en el cargo. No se compensó con honores su descrédito. No interviene el pueblo en España. Por esto puede hacerse la contradanza de mandos y recompensas en Africa; mandar capitanes y devolverlos a los pocos meses de generales; separar generales, reintegrarlos a la Península, y en vez de someterlos a juicio por su actuación, llenarles el pecho de cordones y condecoraciones.

Interviene el pueblo en Francia. Por esto, de sus cargos burocráticos o de sus fábricas, han pasado al Juzgado y a la cárcel empleados civiles y militares e in-

dustriales que habían aprovechado el río revuelto de la guerra para ganar buena pesca. No interviene el pueblo en España. Oímos hablar aquí a diario, de negocios escandalosos hechos con el ganado, con los corrajes, con las mantas, con los géneros vendidos a los beligerantes. Se habla de políticos, de empleados, de fabricantes que han tenido que ver en estos negocios, que se han enriquecido con ellos. De lo que ni por sueños se habla, es del ingreso en la cárcel de uno sólo de estos políticos, de estos empleados o de estos fabricantes.

Interviene el pueblo en Inglaterra, en Francia, en Italia en Bélgica, en Rusia. Por esto, los Gobiernos de estos países han de tener los Parlamentos abiertos y obrar, atento el oído a la voz de la calle. Así el Gobierno de Italia no hubiera podido ayudar a los Imperios centrales aunque los tratados y la voluntad le hubieran obligado a ello. El pueblo intervenía y no quería ayudar a Austria. Y no pudo ayudársele. Tuvo que hacer el Gobierno lo que quiso el pueblo. No interviene el pueblo en los Balkanes. Así el rey de Grecia

ha podido prometer apoyo a Serbia y negárselo; ofrecerse a los aliados y no cumplir su palabra; ponerse indistintamente al lado de unos y de otros. Ha podido en definitiva, hacer su voluntad prescindiendo en absoluto de la voluntad del pueblo. Y es que esta voluntad no ha sabido hallar en Grecia, como no ha sabido hallar aun en España, la fuerza agresiva que necesita para su imposición.

Un escritor inglés; C. K. Hobson, en un artículo titulado *La movilización económica para la guerra*, publicado en el número de julio de la *The Sociological Review*, escribe: «Parece probable que al terminar la guerra habrá un robustecimiento permanente de los lazos que unen al individuo con el Estado y al Estado con el individuo. Se ha proporcionado un poderoso estímulo a la conciencia individual respecto de sus obligaciones para con el Estado y al sentimiento correspondiente de que el individuo tiene derecho a esperar del Estado condiciones razonables de vida. Estas ideas se han ido desarrollando lentamente antes de la guerra, y parece que después de ella ejercerán un influ-

jo todavía mayor.» Sí. Este robustecimiento de los lazos que unen al individuo con el Estado se ha manifestado en Francia, en Inglaterra. El Estado ha sentido más cerca el calor del individuo. El individuo ha sentido más en él la protección del Estado. Se han sentido más unidos, más juntos, más dispuestos a sacrificarse el uno por el otro.

En España, no. Antes de la guerra seguían dos líneas divergentes el individuo y el Estado. Ha acentuado esta divergencia la guerra. ¿Qué será después, cuando la guerra termine? Este pueblo que hoy se oculta pesimista, excéptico, ¿se lanzará a la calle para imponer su voluntad? Estos políticos que humillan la dignidad del cargo a las concupiscencias del individuo, que no sienten la responsabilidad de esta hora histórica, ¿serán barridos de la vida pública?